

Los momentos de euforia son, en todos los casos, los que ensanchan cualidades morales y horizontes.

Nadie elige su destino, es cierto. Pero cuando comprobamos nuestra ceguera y la creemos incurable; cuando la resignación es falta de energía para afrontar un esfuerzo, se empequeñece y se entenebrece la capacidad individual. Sencillamente, puede ser cuestión de anemia. Sería difícil concretar cuándo el pobre de espíritu lo es por miseria fatal, o cuándo la pobreza material le viene al hombre de ejercitar poco su laboriosa capacidad.

Así, un año y otro rumiaban su cansancio e iban limando sus esperanzas cientos y miles de mujeres que trabajaban en la ciudad y que nunca conocieron de la geografía aquel lugar exacto donde vinieron a nacer. Si acaso, en los años más ilusionados, corrieron por caminos polvorientos, de arrabal, apoyadas en la risa enamorada y prometedora de un noviete que luego se evaporó...

Esta vida de restricciones alimenticias, de trabajo intensivo, llegó a constituir un grave peligro para la raza. No es fácil prever—o falla la eugenesia—criaturas espléndidas nacidas de unas madres depauperadas.

LOS VERANOS DE LA S. F.

Con su estilo de constante y consciente preocupación mejoradora, la S. F. tomó a su cargo la difícil tarea de organizar unos veraneos colectivos y gratuitos que pudiesen dar plástica viva realidad feliz al sueño, hasta entonces irrealizable, de tantas y tantas mujeres como desconocen el viento de los pinos y las altas estrellas sobre el mar.

Y pues que de las obras humanas se predica mucho mejor con ejemplos que con teorías o proyectos, queden aquí estas estampas de goce expresivo en que unas cuantas camaradas—hasta 1.200 en un solo campamento, el de San Vicente, durante los meses de junio a septiembre del 42—nos muestran su delicia ante el descubrimiento de la Naturaleza.

Bien vestidas, alegre y femeninamente vestidas con sus trajecillos de cretonas multicolores, conviven y ejercitan la fecunda hermandad falangista. Colaboración, ayuda mutua, confidencias, proyectos, encauce, formación... Mientras que los cuerpos se vigorizan y descubren los músculos que son fuertes y jóvenes, siembra de conocimientos y aprendizaje de estímulos. Así, en el limpio goce de la existencia grata, van adquiriendo esa alegría en el servicio y esa serenidad en el sacrificio que es, y debe ser, eterna norma femenina de conducta.

Distribuido el tiempo con arreglo a un horario que deja amplio margen de libertad para el descanso y el juego—necesidades perfectamente serias de los seres muy ocupados—, la organización de los Campamentos no ha desperdiciado un minuto ni un factor de alegría. La mejor información de estos albergues está en las cartas que las muchachas envían desde ellos a sus familias. Y en las que dirigen después, contando emociones y sorpresas, a sus amigas.

VEINTICUATRO HORAS EN EL CAMPAMENTO

Levantarse a las nueve, ya es buen regalo para quienes cada día, durante los restantes del año, han de estar ya a esa hora con su trabajo en rendimiento.

A las nueve y media, oración colectiva, izar bandera y desayuno.

A las diez—alegría del mar—, playa, gimnasia, baño, infantilismo del juego en la arena. Castillos frágiles... pero castillos.

A la una, regreso al hogar. Almuerzo, griterío, hambre sana.

Luego, tres horas de reposo, de inacción vigilada y total.

A las seis, cursillos de formación religiosa o musical.

A las ocho, en el Faro, embriagadas de brisa y

fervor, oración de la noche. Se arria después la bandera. Y a cenar.

La jornada se acaba con el Fuego de campamento, ejercicio de estímulo imaginativo, consistente en recitar romances, representar comedietas, comentar las Consignas... Goce y risa. Cada una hace lo que puede. Pero todas quieren—y por lo tanto intentan—poder más.

... Y vuelven a Madrid: «¡Si vieras qué ganas tengo de trabajar ahora!»—escribe, sencillamente, una, como otras tantas camaradas... No son muchos los días que tienen dos semanas de vacación, es verdad; pero hemos dicho que la dimensión del tiempo está siempre reñida con el reloj y con el calendario. Existen horas infinitas, como perduran instantes que apenas existieron...

Quince días felices, distintos, inéditos, pueden ser un verdadero tesoro de placidez espiritual. Y son, desde luego, una magnífica inyección de vitalidad.

ESPERANZA RUIZ-CRESPO

